La arqueología soviética

Leo S. Klejn*

LA ARQUEOLOGÍA DE LA GRAN POTENCIA: DIFICULTADES DE COMPOSICIÓN

> La historia… el producto más peligroso, elaborado con la química del intelecto… Ella llama a los sueños, embriaga pueblos, engendra en ellos falsos recuerdos, aumenta sus reflexiones, irrita sus viejas llagas, perturba su tranquilidad, les conduce a la manía de grandeza o a las persecuciones y hace a las naciones amargas, arrogantes, insufribles y vanas…
> Paul Valéry, *Comentarios sobre la grandeza y declive de Europa*

El imperio soviético, mirándose al espejo con ideología propia, se veía a sí mismo no como un imperio, sino como una federación libre, una reunión de estados con igualdad de derechos. Y tomó una serie de medidas para que todos lo vieran del mismo modo. Pero frente a esto se erguía el Estado unitario plurinacional, es decir, el imperio. Su centralismo nunca visto y sin precedentes tenía también el mismo aspecto; el centro se personificaba en la capital. Y muchas periferias eran provincias nacionales, muy parecidas a una colonia.

Y éstas no eran del todo colonias, porque una ideología que pretendía ser internacional no podía prever este estatus. Y como la URSS era un Estado

* Presentamos aquí dos capítulos, sexto y séptimo, de *La arqueología soviética. Historia y teoría de una escuela desconocida* (Barcelona: Crítica, 1993; publicado ese mismo año en San Petersburgo, Rusia), en traducción del ruso de Ignacio Clemente y Daniel Medina.

ideológico, casi teocrático, se hizo lo posible para que las provincias nacionales –las repúblicas unidas y las autónomas se diferenciaran de las colonias. Pero no podían renunciar del todo a las ambiciones imperiales: por una parte, por el vínculo con la antigua tradición, y por otra, porque las nuevas tareas de mecenas exigían el poder de la potencia, pero centralizada, ya que de otra forma, como sistema de equipo administrativo, esta potencia no se hubiera podido mantener.

Y he aquí que vivía un imperio que, avergonzado de serlo, se engalanaba con la vestimenta del federalismo. Y las repúblicas nacionales se vieron a sí mismas desempeñando unas veces el papel de estados soberanos, y otras el de colonias. En esta contradicción se encontraban y vivían las periferias nacionales.

Por un lado, el centro favoreció el desarrollo de las culturas nacionales: creó academias nacionales, teatros, imprentas, literatura, ciencia; amplió el crecimiento de los cuadros nacionales, creó para ellos proteccionismos, frecuentemente condiciones de invernadero (ventajas para entrar en los institutos de educación superior, críticas suaves, concesiones a gente mal preparada).

Por otro lado, prohibió la independencia socavando la economía nacional, destruyendo los medios de subsistencia propios, implantando, en determinados sitios, una administración rusa o control ruso (con nomenclatura nacional) y estimulando la migración desde el centro. Para esto también se esperaba y exigía un constante elogio a sus servicios y un interminable reconocimiento al "hermano mayor", que humillaba a los habitantes locales. En algunas repúblicas se produjo una rusificación total (a raíz de la mezcla masiva de la población, de la distribución centralizada de todo y de todos, etc.). La lengua rusa rápidamente desplazó a las lenguas locales en Bielorrusia, Ucrania oriental, Letonia, Estonia, Moldavia, Kazajstán, Tartaria. Las repúblicas de la Unión, tan diferentes en sus costumbres y en su nivel de desarrollo, en su religión y en su extensión, se adaptaron a un esquema único de dirección y transformación, se nivelaron.

Esto trajo como consecuencia una insatisfacción de la población local. La insatisfacción fue reprimida inflexible y operativamente; se tomaron medidas preventivas: se cambió a la dirección local, se deportó a la intelectualidad y se llevó a cabo un trabajo educacional.

Y no quiero hablar de la destrucción y liquidación de repúblicas completas con la deportación de todo el pueblo.

La arqueología en estos estados con gobiernos marionetas era muy variada. En unos (por ejemplo, en Asia central, Kazajstán y Moldavia) fue creada y desarrollada por colegas rusos; los cuadros nacionales se formaron en universidades rusas o en la tierra natal, con catedráticos rusos. En otros (por ejemplo, en Ucrania y en el Transcáucaso) tenía fortísimas tradiciones locales. Y en otros (particularmente en los bálticos y en Ucrania occidental), las escuelas nacionales se estructuraron en épocas de independencia y luego fueron preparadas para ser incluidas en la ciencia nacional.

Pero todos ellos se topaban con el mismo problema: a todos les tocó desarrollarse maniobrando entre acusaciones de nacionalismo u acusaciones de rusificación, entre Escila y Caribdis.

La rusificación directa no se estimuló desde el centro: podía dar lugar a protestas abiertas, y además no ligaba con su declaración de principios. Por ello a los gobiernos locales se les concedió la posibilidad de realizar algunas iniciativas para complacer el amor propio nacional: enaltecer a los antiguos héroes nacionales, restaurar reliquias nacionales, editar literatura arqueológica en las lenguas nacionales, etc. Pero la inclinación hacia el nacionalismo se observaba como si fuera aún más peligrosa que la rusificación: amenazaba con llegar a la separación. Por eso se castigaba rigurosamente cualquier intento de declarar la verdadera independencia; se condenaba la simpatía hacia los héroes nacionales relacionados con la lucha de liberación contra Rusia (Shamil, Manas); y los alfabetos tradicionales (árabe en Asia central y en el bajo Volga, y latino en Moldavia) se sustituyeron por el cirílico.

A los profesionales locales, o se les cuidaba muy bien, o cuando levantaban la cabeza eran exterminados cruelmente. Un terrible golpe a las escuelas arqueológicas locales fue la destrucción de la *kraieviedienie* (etnografía territorial) en 1929- 1934. La *kraieviedienie*, y con ella las escuelas arqueológicas locales, fueron eliminadas por completo en muchas regiones. En Ucrania se eligió un nuevo colectivo de arqueólogos, y gran parte de ellos eran rusos. Durante mucho tiempo después los arqueólogos más destacados de Kiev procedían de Leningrado: L. M. Slavin, P. P. Efimenko (aunque es de origen ucraniano), S. N. Bibikov (de Asia central), A. I. Terenozhkin (de los Urales) y V. F. Guening. Por

supuesto, no es el hecho de su llegada lo que está mal, sino las razones, condiciones, los acontecimientos precedentes.

Pero para los arqueólogos rusos esta situación tampoco era agradable. Con el aumento de profesionales locales, los arqueólogos del centro de pronto comenzaron a sentirse incómodos con una incompetencia indeseada. Se les desplazó imperceptiblemente de las diferentes regiones, no se les concedieron más permisos para excavar en las *repúblicas*, no se les permitió utilizar los materiales de los museos (además, ni en el centro resultaba siempre fácil el acceso a los museos). La carrera científica de muchos de ellos se desarrolló con imprevistos e indeseables zigzags; de repente hacía falta migrar del centro a un medio de lengua extranjera, adaptándose o sometiéndose a los profesionales locales con una perspectiva no muy clara. Y más tarde, después de unos cuantos años, era necesario volver al lugar de procedencia, a la capital, y en vista de la privación de materiales cambiar de especialización.

Al mismo tiempo, en las nacionalidades periféricas los arqueólogos del centro se expusieron al riesgo de ser acusados bien de rusificación y no respeto a la población local, bien de nacionalismo local. Incluso el leningradense A. N. Bernshtam, judío rusificado especializado en arqueología de Asia central, cuando en los años cincuenta conjeturó que la invasión de los hunos no había sido devastadora, fue etiquetado por la prensa nacionalista de turcoburgués.

Esta situación resultó nefasta y perniciosa para los arqueólogos locales. En una situación de condena del nacionalismo, una parte de ellos, desengañados de la capacidad de las fuerzas de la periferia para competir con los arqueólogos del centro, por los que sentían una profunda y sincera admiración, se asimilaron a ellos con presteza y cambiaron su lengua por la lengua rusa, convirtiéndose en arqueólogos rusos. La otra parte, por el contrario, desembocó en ambiciones nacionalistas.

Sus manifestaciones más sencillas eran el separatismo idiomático. Movidas por el orgullo nacionalista, las repúblicas (sobre todo las de Transcaucasia, las bálticas y también Ucrania) publican una parte significativa de literatura científica en sus respectivas lenguas nacionales. Ucrania edita incluso una revista científica de arqueología en ucraniano (*Arjeologuia*, con una tirada de 2,500 ejemplares).

A primera vista todo está en orden, todo perfecto, en la república se forma un idioma nacional para la ciencia y la cultura, se facilita el crecimiento de los profesionales locales.

Pero pensemos: ¿cuál es la finalidad de estas publicaciones?, ¿a quién van dirigidas? Cuando se publica literatura científico-popular de arqueología en la lengua nacional, o manuales para la difusión de diversas disciplinas, como matemáticas, medicina, literatura, queda claro que serán leídos por una cantidad determinada de población local. Pero ¿cuántos arqueólogos hay en la república? Unas cuantas decenas, con certeza no más de un centenar. Aunque el libro se edite en pequeñas tiradas, algunos cientos de ejemplares (y sin ningún beneficio), el tiraje queda como peso muerto o maculatura para reciclaje de papel. Mientras tanto, miles de lectores del centro y otras repúblicas esperan en vano información sobre los descubrimientos, materiales e investigaciones de los arqueólogos de esta región. ¡En realidad a quien van dirigidos es a una gran masa potencial de lectores! Pero para la mayoría el idioma local es una barrera.

El argumento "a quien le haga falta, que estudie nuestro idioma" es ingenuo. Lo estudian una o dos personas, especializadas en la arqueología de la región, o bien empresas, que como máximo leerán dos o tres artículos. El argumento de los ucranianos "nuestros hermanos eslavos nos comprenderán" es erróneo. No se comprenden. Recuerdo cuando se dirigió a mí un estudiante ruso, perplejo por una duda referente a las publicaciones ucranuianas: "se afirma que hay una persona enterrada, pero el sexo no se especifica"; "se informa que hallaron tres esferas, y en el dibujo no aparece ninguna" (la palabra ucraniana para "hombre" es *cholovik*, que en ruso significa "persona", ya que "hombre" en ruso es *muzhchína*; la palabra *shar* en ruso significa "esfera", y, sin embargo, esta misma palabra en ucraniano significa "estrato", "capa-nivel"). ¡No hablemos, pues, de otros idiomas! Este problema no existiría si no se hubiese herido el amor propio nacional. Los noruegos y finlandeses editan excelentes revistas arqueológicas en inglés.

El amor propio herido a veces empuja a nuestros colegas de las repúblicas a una oposición mucho más radical. Convirtiéndose en rehenes del orgullo nacional, son capaces de reconciliarse con el atraso profesional, con la caída en el diletantismo, pero no aceptan inclinarse hacia el centro. En este

contexto aparecen tres de las manifestaciones más características del síndrome de la ofensa nacional en las investigaciones arqueológicas.

La primera manifestación consiste en demostrar por todos los medios su gran antigüedad y la ocupación desde siempre de su actual territorio. Con esta idea de la gran antigüedad del pueblo y sus raíces locales, todos los yacimientos del mencionado territorio se inscriben en él, todas las culturas se anuncian como peldaños en el proceso de su formación cultural. En la base semántica de esta idea se encuentra el tan cacareado "derecho histórico". Las hipótesis sobre el autoctonismo tienen un atractivo extraordinario para los arqueólogos locales de esta tendencia, así como para los aficionados. Para la elaboración de tales concepciones utilizan los mismos métodos que los autores de la concepción autoctonista del origen de los eslavos. Imitan al académico Ribakov, pero sustituyen a los eslavos por otro pueblo, moldavos o azeríes, negando de todas las formas posibles la existencia de antiguos asentamientos eslavos en Moldavia, o en el caso de Azerbaiyán, negando la existencia de asentamientos no azerbaiyanos.

La segunda manifestación del síndrome de la ofensa nacional es la búsqueda "de los nobles antepasados"; este origen puede ensalzar al pueblo ofendido ante él mismo y ante los ojos de los vecinos. Los osetes, a través de sus arqueólogos, resaltan, de todas las formas habidas y por haber, su descendencia de los escitas, aunque de hecho están relacionados con unos parientes de los escitas, los sármatas. Para los moldavos serían los dacios; para los azeríes, los albanos (aunque los albanos nunca fueron turcos como los azeríes), y para los armenios, los urartu (aunque éstos no eran indoeuropeos como los armenios).

La tercera manifestación es la guerra en los mapas arqueológicos. Los representantes de cada pueblo ofendido hacen todo lo posible por situar el territorio de su pueblo en la más remota antigüedad o representar la tierra de sus "nobles antepasados" de la forma más amplia posible, cubriendo hasta los territorios de sus actuales vecinos (especialmente si estas tierras son objeto de cualquier pretensión por parte de los gobiernos vecinos de dichos pueblos). También en los vecinos se da este expansionismo ilusorio. Existe una disputa por los territorios en los mapas que amenaza con convertirse (y ya se ha convertido) en choques reales. Cada bando niega la presencia en su territorio de yacimientos pertenecientes al pueblo del otro

bando rival. Así, hace algunas décadas que existe una guerra entre los arqueólogos armenios y georgianos por la herencia del estado de Urartu, y en la actualidad, entre los armenios y azerbaiyanos, por la herencia cultural y territorial del Alto-Karabaj.

De esta forma, la arqueología toma parte en la demarcación de líneas divisorias de los territorios, que se incorporaban a la Unión (actualmente ya incorporados), e incluso llega a avivar estos conflictos. Y ciertamente, allí donde fue posible, las investigaciones arqueológicas se utilizaron para negar los antecedentes eslavos y rusos fuera de las fronteras de Rusia y Ucrania, aunque hubiera población eslava, viviera e incluso influyera verdaderamente en la población local (como en Moldavia).

El centro, ante estos reflejos de sus pecados, reaccionó de diversas maneras. Se había roto el agradable cuadro de la amistad de los pueblos. Las primeras señales del centro fueron desde el primer momento radicales: la teoría de las etapas reconoció el autoctonismo, pero no reconoció la presencia de raíces étnicas particulares, y con ello se puso punto final a la discusión. Cuando fueron reconocidas cada una de las etnias y aparecieron opiniones diversas, hubo que tomar algunas medidas capaces de acabar con la segregación. Así, en las recopilaciones de la Unión en los años cincuenta y sesenta, según una graciosa invención de B. B. Piotrovsky el conflicto entre georgianos y armenios por Urartu se resolvió de manera muy sencilla: unos y otros tenían su origen en Urartu y, por tanto, antepasados comunes (aunque estos pueblos pertenecen a diferentes familias lingüísticas); más tarde también esta línea de reconciliación resultó insuficiente.

Habría sido necesario desaprobar categóricamente el mismo principio del "derecho histórico". Pero entonces se hubiera tenido que sacrificar el "derecho histórico" de los eslavos en el territorio ocupado por ellos (y hasta la superioridad de los eslavos ante los "forasteros"), y esto no agradaba del todo. ¡Como si los pueblos contemporáneos ocupasen una u otra tierra precisamente por el "derecho histórico"! ¡Como si la revisión del "derecho histórico" condujese al indispensable reparto de las tierras (y no al contrario: el reparto a la revisión)! ¡Como si las fronteras de la patria y su población se determinaran por la antigüedad de los asentamientos, por el "derecho histórico"! Y entonces, ¿qué hacer con Siberia, Leningrado y

Vladivostok? ¿Cómo han de sentirse los húngaros, que figuran en los manuales de historia como "el periodo de ocupación de la patria"?

Nuestra gran patria, ¿o acaso no es tan grande en relación a su tamaño? ¿Sólo tenemos una patria, o cada escuela arqueológica nacional tiene la suya? Estas preguntas son nuevas para nosotros, pero en esencia siempre estuvieron latentes en la arqueología.

Tenemos la esperanza de que nuestro país haya llegado a una revisión estricta de las interrelaciones entre los pueblos que lo componen y que esta revisión normalice la cooperación científica entre las comunidades arqueológicas nacionales.

Las disposiciones presentes y pasadas parecen indicar que la arqueología estaba preparada para esta normalización desde hace tiempo. A pesar de todas las contradicciones, las relaciones de las estructuras políticas con los arqueólogos de todo el país, de todas sus repúblicas, apoyaban en general las relaciones amistosas. Los arqueólogos del centro encontraron en las otras repúblicas cordialidad y hospitalidad. Con frecuencia en las expediciones trabajaban, entonces y ahora, grupos mezclados de diversas nacionalidades sin ningún problema. En Leningrado hasta hoy se puede observar una conmovedora inquietud de los arqueólogos ilustres respecto a sus jóvenes pupilos llegados de diferentes repúblicas. Y cuando salía la conversación sobre las manifestaciones xenófobas de los rusos o bien sobre el nacionalismo aduanero local, entonces tanto los arqueólogos rusos como sus colegas desde las repúblicas nacionales decían: éste no es de los nuestros…

Podemos estar convencidos de que la desintegración de la antigua Unión, la conversión de sus repúblicas en estados soberanos independientes, no destruye las tradicionales relaciones culturales y científicas. Ahora, cuando Rusia entra en la familia de los pueblos civilizados, los arqueólogos de Moldavia o Armenia no serán tomados aquí por foráneos, como tampoco los arqueólogos de Polonia o Francia. Pero los moldavos y armenios además conocen muy bien la lengua rusa y conservan la experiencia de una fuerte cooperación. Ellos están mejor preparados para su continuación.

¿Internacionalismo?, ¿la amistad de los pueblos?, ¿y por qué no? Esta es la norma. Puede que nosotros, con nuestra personalidad, estemos más cerca de esto de lo que parece.

LA ARQUEOLOGÍA BAJO LA BANDERA ROJA

> Ellos aman siempre a su maestro, pero más muerto que vivo.
> Cuando el maestro vive, él puede preguntar la lección, y entonces,
> les sentará mal. Pero cuando el maestro muere, ellos mismos
> llegan a ser maestros, y ahora el mal se hace a otros.
> L. Andreev, *Judas Iscariote*

A finales de los años veinte, cuando en el orden del día figuraba la tarea de convertir a la joven arqueología soviética en marxista, A. Y. Briusov inicialmente consideró que esta tarea no era muy difícil, sino más bien simple: "La arqueología fue y es, por contenido y método, una ciencia marxista. Casi todos los arqueólogos tuvieron que basarse en las fuerzas de producción, en los instrumentos de trabajo…. De la base hacia la superestructura, el marxismo ha sido siempre el eslogan inconsciente de los arqueólogos" (1928, pp. 10-12) pero la intensa campaña de finales de los años veinte hasta comienzos de los treinta muestra que la tarea no resultó ser tan fácil.

Cuando los arqueólogos soviéticos se dejaron arrastrar por la desobjetivización de la arqueología, uno de ellos, el catedrático y director del GAIMK de Leningrado, S. N. Bikovsky, en toda Rusia, intervino con el informe: "¿Es posible una arqueología marxista?" (1932a). Los jóvenes moscovitas criticados en este artículo se defendieron con otro título (que) resultaba arbitrario y con doble sentido: "Origen, desarrollo y desaparición de la arqueología marxista" (Artsikovsky, Kiselev, Smirnov, 1932). El doble sentido y la arbitrariedad consistían en que los autores se referían a la injusticia de separar precisamente a la arqueología del nuevo sistema marxista de las ciencias, mientras que el lector podía interpretarlo a su manera: como la liberación de la arqueología soviética del marxismo. Los autores hacían alarde de su valentía (absolutamente sin sentido unos años después) y de lo paradójico de la formulación: se sobreentiende que si la arqueología es soviética, está por supuesto inseparablemente relacionada con el marxismo, y cuestionar esto resulta ridículo. La indivisibilidad de estas relaciones no se ponen en duda, ni en la ciencia soviética, ni fuera del entorno soviético.

Por cierto, y esto no es una paradoja, la arqueología soviética en esencia cuenca fue estrictamente marxista. No era rigurosamente marxista, ni sólo

marxista. Con frecuencia se encontraba muy lejana al marxismo, en muchos aspectos no tenía necesidad de él, en otras afirmaciones lo contradecía o no extraía de él ninguna conclusión.

A una opinión análoga llegó algunos años antes el arqueólogo de la RDA, G. Behrens, quien trabajaba como director de un importante museo en Alemania Oriental y tras su jubilación marchó a la RFA (el libro llegó a mis manos después del envío de este trabajo a la editorial, así que esta cita y comentario son una adición). Behrens escribe:

"En su esfuerzo por aplicar a la interpretación de la arqueología prehistórica y protohistórica los puntos de vista marxistas (no nos detendremos a profundizar si han sido siempre marxistas), los miembros del partido comunista pretenden que su arqueología es marxista, y que ellos mismos son arqueólogos marxistas. Al respecto se puede decir, simple y claramente, que no hay ninguna arqueología marxista, sólo existe la arqueología con aspectos marxistas [en alemán significa "con puntos de vista", "con interpretación". L.K.] Pues si se toma como medida de juicio no las pretensiones sino la realidad de aquellos arqueólogos que se autodenominan marxistas, vemos que trabajan con métodos conocidos desde hace tiempo, que fueron elaborados durante el desarrollo histórico de la ciencia arqueológica… No hay una arqueología marxista prehistórica ni protohistórica… (pero hay arqueólogos estrictamente marxistas, y hay arqueólogos que sostienen los puntos de vista marxistas) (Behrens, 1984, pp. 57-58).

Subrayo solamente que la división señalada por Behrens de marxistas y no marxistas de acuerdo con el principio de ser miembro o no del partido, es posible y significativa en las condiciones de la República Democrática Alemana entre los años cincuenta y setenta, pero no es un ejemplo válido para nuestro país. Cuando, por las condiciones dadas, la cifra de miembros del partido pasó a decenas de millones y los otros partidos no estaban permitidos, la militancia partidista, a menudo, era sencillamente una prueba o constancia de la actividad social de las personas o un medio para hacer carrera, y no una característica de las convicciones filosóficas o políticas. El luchador incondicional por la reafirmación del marxismo en la arqueología, V. I. Ravdonikas, no era miembro del partido, y A. N. Rogachev, muy alejado de los estereotipos del marxismo en la arqueología, era un empedernido comunista.

Y añadiré algo más (también después de haber acabado este trabajo): el arqueólogo de Leningrado M. P. Anicovich me informó que él también había preparado un trabajo cuya conclusión general concuerda con aquella a la que llegamos Behrens y yo: la arqueología soviética no era marxista. Por lo visto, esta no es sólo mi impresión particular y subjetiva, sino un ponderado punto de vista accesible para diversas personas ante una situación real.

El marxismo se diferencia de las otras doctrinas socialistas en que éstas son utópicas y él no. El marxismo es la representación científica de la futura organización igualitaria de la sociedad, de la prosperidad general y de los caminos para su logro. Su cientificidad, y por consiguiente su realidad, se observa en dos de sus pilares. El primero es la argumentación político-económica del carácter transitorio de la propiedad y, como consecuencia, la inevitabilidad del cambio del capitalismo por el comunismo. El segundo es el concepto de la lucha de clases y de la misión histórica de la clase obrera como natural y exclusiva, útil para la lucha por el poder y para la reorganización revolucionaria de la sociedad. Como cualquier factor cultural y biológico, geográfico u otro puede debilitar la significación de la argumentación político-económica, el marxismo prefiere ver la sociedad exclusivamente como una red de comunicaciones económicas y contradicciones, y al hombre como punto central, su núcleo.

Gracias al carácter convincente de esta argumentación se exige reforzar en lo posible la significación de la economía. En el marxismo se introduce la filosofía materialista; y otra doctrina filosófica, la dialéctica, se utiliza para argumentar la inevitabilidad de la transición revolucionaria hacia la nueva estructura. Las tareas de preparación de los obreros para la intransigente lucha de clases y la lucha partidista exigen la renuncia a la religión cristiana. Para el partido comunista, esto, junto con el materialismo, conduce a la necesidad del ateísmo. Y, por fin, reconociendo la división de la sociedad en clases sociales antagónicas, y apoyando la solidaridad de clases a nivel mundial, los marxistas, naturalmente, despreciaban las divergencias nacionalistas, difundían el principio del internacionalismo y tenían como objetivo la revolución mundial. En los movimientos de liberación nacional, así como en los movimientos democráticos, vieron la posibilidad de tener aliados para la revolución comunista. Teniendo en cuenta los éxitos de los

movimientos democráticos, el crecimiento de la influencia de los parlamentos y la ampliación de los derechos electorales, el marxismo no excluyó la transición pacífica al poder de los partidos obreros: en efecto, según la teoría marxista, el proletariado está formado por la mayoría oprimida del pueblo en sociedades con un capitalismo desarrollado. Desde esta perspectiva, los partidos obreros, dirigidos por el marxismo, comenzaron a autodenominarse socialdemócratas. De esta manera se formó el marxismo en el siglo XIX.

Lenin consideró la aparición de los monopolios capitalistas como signo de que el capitalismo ya estaba maduro para una rápida socialización de los medios de producción, y vio en las guerras por el nuevo reparto del mundo la manera más cómoda de hacer circular las armas dentro de la sociedad. Sin embargo, actuaba en un país campesino atrasado, en donde la clase obrera no constituía la mayoría de la población, por lo que tuvo que introducir en el marxismo algunas innovaciones: la alianza con el campesinado (y con los movimientos nacionalistas), y asimismo la exigencia de instaurar durante un periodo de transición la dictadura del proletariado, la dictadura de la minoría de la población sobre la mayoría. Para toda esta actividad revolucionaria hacía falta un nuevo partido: disciplinado, formado profesionalmente, preparado para la lucha y para la ocupación armada del poder y su mantenimiento. Para diferenciarse de los marxistas que no reconocían estos nuevos principios, los seguidores de Lenin comenzaron a autodenominarse comunistas, retomando la autodenominación original. (Más tarde, en la sociedad futura comenzaron a diferenciarse dos estadios: la perspectiva real, el socialismo; y el lejano y confuso ideal, el comunismo).

Lenin también introdujo en el marxismo un programa concreto de construcción de una nueva estructura, y haciendo piruetas en la política práctica, frecuentemente cambiaba los principios iniciales aplicándolos a las circunstancias reales. No funcionó bien con la socialización de las propiedades. Al eliminar los intereses individuales, la gente fue dejando de trabajar, y hubo que coaccionar a todos los niveles para que volviesen al trabajo.

Tampoco funcionó la propagación de la revolución mundial; se tuvo que construir el socialismo en un solo país y aisladamente, y debido al atraso en que se encontraba, se mantuvo durante muchísimo tiempo no sólo la dictadura, sino también el ejército. La producción centralizada y planificada

necesitaba de un aparato burocrático enorme, y éste, "haciéndose cada vez más incontrolable" (según la expresión de Lenin), concentraba cada vez más en sus manos el poder real, convirtiéndose de hecho en el propietario de los medio de producción. Se obtuvo no un socialismo, sino una estructura de cuartel, militar-feudal, semejante a la organización de los asentamientos Arakcheiev ("socialismo real) [Arakcheiev, general y ministro de Alejandro I, implantó un régimen despótico y de disciplina prusiana]. Al encontrarse con revueltas y levantamientos, Lenin solucionó el asunto con la NEP [Nueva Política Económica], una evidente desviación de los antiguos ideales: la propiedad privada restaurada compaginaba con el capitalismo de Estado. Pero Stalin, de nuevo, lo dirigió todo hacia las relaciones de cuartel, relaciones feudales, con evidentes componentes propios de la estructura esclavista (campos de concentración, etc.)

Este no es el lugar para sopesar la actitud del marxismo, valorar su realidad y acciones favorables. Actualmente, nosotros, los ciudadanos soviéticos, no estamos tan convencidos de ello como antes. De hecho no estamos nada convencidos, e incluso podemos decir, por propia y amarga experiencia, que estamos convencidos de lo contrario: después de siete décadas del "gran experimento", todo ha acabado en un gran fracaso. La economía del país ha vuelto al salvajismo moral. En cualquier país en el que el partido comunista haya llegado al poder, la realización de sus ideas conduce a la formación de regímenes totalitarios y a un brusco descenso en el nivel de vida de las masas populares. El marxismo resultó ser tan utópico como las demás doctrinas socialistas. Pero el análisis de sus errores no entra en las tareas de este libro.

No hay sitio aquí para determinar si el leninismo surgió necesariamente del marxismo, y el estalinismo del leninismo. Para nuestro tema lo importante es otra cosa: determinar cómo las situaciones enumeradas se reflejaron en la arqueología y cómo debieron haberlo hecho.

Si tomamos el leninismo como desarrollo y continuación del marxismo, vemos de inmediato que no lo utilizamos en absoluto en la arqueología, en el estudio de la prehistoria y la Antigüedad, ni en el análisis de los materiales de los yacimientos. Su pensamiento no se refería a esto, no tiene la menor relación con la arqueología (por cierto, en la época de la instauración de la arqueología soviética no se hablaba de leninismo); sin embargo, en 1970,

el Instituto de Arqueología de la Academia de Ciencias de la URSS editó el compendio *Las ideas leninistas en el estudio de la historia de la sociedad primitiva, el esclavismo y el feudalismo* (véase Zsajaruk, 1970). En la arqueología no hay sitio para las ideas leninistas como estructura, determinantes de la fisonomía de todas las áreas del conocimiento y comprensión de la sociedad primitiva (aunque algunas observaciones aisladas de Lenin acerca de la metodología general de investigación pueden ser útiles; véase, por ejemplo Klejn, 1970).

Otra cosa es el marxismo. Su interés por la confrontación de la sociedad sin clases con la de clases, por la metodología materialista y las ideas ateas, por las transiciones dialécticas y las revoluciones sociales, no puede dejar de manifestarse en la arqueología soviética. El marxismo determinó no sólo la esfera de intereses de los arqueólogos marxistas, su aparato ideológico y el carácter general de las ideas, sino que exigía la elaboración concreta de determinadas concepciones. Los propios fundadores del marxismo se basaron en los conocimientos científicos de las comunidades primitivas y en los datos arqueológicos (Klejn, 1968a). En una palabra, era totalmente legítimo el intento de los arqueólogos por descubrir en su material huellas de aquellos hechos ya citados en las enseñanzas marxistas, comprobar su existencia, y partiendo de la metodología dialéctica-materialista, reconstruir estos hechos: la sociedad sin clases (preclasista), el surgimiento de las clases, la irregularidad del proceso cultural, la primacía de la producción, etc. Este intento podría considerarse arqueología marxista, y forma una parte indispensable del sistema marxista del conocimiento.

Sin embargo, en el curso del desarrollo de la arqueología soviética, los científicos que se consideraban marxistas siempre pretendían más: una elaboración más concreta y detallada de las ideas, una estrecha y total coincidencia con los dogmas, diferenciar con más precisión las concepciones marxistas de las no marxistas.

Ciertamente, está claro que cuando ya están delimitadas las doctrinas, es más fácil caer en el sectarismo. En el transcurso de los años, Marx se quejaba de que hasta sus yernos y cuñados le interpretaban erróneamente. "Si esto es el marxismo, entonces yo, desde luego, no soy marxista", exclamó (Marx 1884/1954, p. 558). ¡Cómo si vislumbrase la realización estalinista de las ideas marxistas!

Se dogmatizaron incluso las tesis que de algún modo estaban unidas al marxismo, debido a la dirección que tomaba la historia de la ciencia, pero que se habían formulado anteriormente o fuera del marxismo, por ejemplo, la periodización de Morgan. Además, se dogmatizaron los hechos que, en algún momento, alguien había demostrado con una determinada idea marxista, e incluso las hipótesis sobre los hechos, por ejemplo, la consideración del matriarcado como estadio general del desarrollo. ¡Y pobre de aquel que dudase de este dogma! Todas estas situaciones, hechos e hipótesis se establecieron como normas marxistas. Cualquier desviación de estas estrechas normas era tratada como herejía, como apostasía.

En el marxismo existían y existen algunas tendencias importantes (la socialdemócrata o menchevique, el trotskismo, el neomarxismo de Frankfurt y otras escuelas), pero en la ciencia soviética sólo una era reconocida como válida: el leninismo. Toda las restantes se consideraban falsas, erróneas, nocivas, y no era posible basar los hechos en ellas. Formaban parte de estas doctrinas heréticas los puntos de vista de los científicos que apoyaban a los desviacionistas. De esta manera muchos dogmas fueron canonizados y se propuso a los científicos que se apartaran de los puntos de vista contrarios al marxismo, incluso de los claramente relacionados con él si no coincidían con el dogma elegido.

Era sorprendente, por decirlo de algún modo, el efecto de la derivas de los dogmas. Los marcos de la canonización no eran inmóviles: el marxismo que, en un principio, no negaba el desarrollo (exigido por un cambio de situación), debió, con el cambio de dirigente, recolocar los límites entre las concepciones imperantes y las herejías. Todo lo que hasta entonces entraba en el texto canónico, si ahora quedaba fuera de los marcos establecidos, inmediatamente se tildaba de herejía. Así, a principios de los años treinta, reconocer la existencia de etnias era reprochable, pero durante los años cuarenta era necesaria la investigación de la etnogénesis. La pasión por la sociología, acaecida a finales de los años veinte y comienzos de los treinta, fue un rasgo imprescindible para la arqueología marxista; dicho de otra manera, constituyó el billete de entrada al marxismo. A mediados de los años treinta todo eso fue discutido y rechazado, y hasta los años sesenta y setenta no se permitió de nuevo la sociología. He aquí que lo que ayer se consideraban ideas profundas, hoy ya están catalogadas como simplismos, una

vulgarización del marxismo, consignas primitivas. Y para mañana se esperaban nuevas instrucciones.

Como los clásicos del marxismo fueron convertidos en santos, y sus obras, en algo similar a la Biblia, para la administración científica resultaba más cómodo asirse no al espíritu, sino a las letras de los textos sagrados: la lealtad aquí se demostraba fácilmente. Por eso la investigación profunda de las principales posiciones del marxismo se convirtió inevitablemente en una manipulación de citras "a causa" del dogmatismo y del talmudismo. Se editaban compendios de citas (*Marx y Engels sobre la Antigüedad*, 1932; *Marx, Engels, Lenin y Stalin sobre la sociedad primitiva*¸1935), y muchos se maravillaron con E. Y. Krichevsky: él podía recordar no sólo las citas, sino todos los demás datos (tomo y página).

Aquí aparece en primera línea otra particularidad de la arqueología soviética: su sometimiento ante la coyuntura de la política en curso, ya que la finalidad más importante del partido era fortalecer la estructura del Estado socialista (como base para la futura victoria mundial del comunismo). Esta finalidad se valoraba más que cualquier objetivo teórico, por más marxista que fuera. Así pues, tan pronto surgía la tarea de llevar a cabo la campaña de turno: la colectivización, la industrialización o el desenmascaramiento de los cosmopolitas, aparecían las investigaciones arqueológicas consideradas necesarias: sobre lo beneficioso de lo comunitario para la antigua economía agraria, o sobre las antiguas tradiciones de la metalurgia, o sobre la profundidad de las raíces de un pueblo en un territorio específico. Apenas la diplomacia soviética establecía lazos de amistad con cualquier país extranjero, inmediatamente aparecían las investigaciones de los arqueólogos sobre antiguas relaciones culturales con este país (con la India, con Grecia, etc.). Cuando apenas nuestras tropas entraban (en misiones de ayuda, se sobreentiende) en la región vecina correspondiente, de inmediato los arqueólogos descubrían que esta región pertenecía desde hacía muchos años a los eslavos orientales (o estaba relacionada de una u otra manera con los pueblos de nuestro país) y, por consiguiente, no formaba parte de la Unión Soviética con anterioridad sencillamente por equivocación.

Por supuesto, todos estos zigzags eran apoyados con citas de los clásicos; encontrar las deseadas no es difícil (¡de qué no habrán hablado los clásicos en tantos tomos!), aunque el marxismo no había previsto semejantes enfoques

étnicos y a menudo eran contradichos por su aspecto internacionalista. Además, si cualquier enunciado, e incluso trabajos completos, de los clásicos del marxismo no estaba en concordancia con el curso de la política del partido, quedaba prohibido. Así fue aumentando una propaganda del patriotismo que contradecía los enunciados de Marx sobre Rusia; su *Diplomacia secreta* no se tradujo al ruso ni se publicó; no apareció, ni aparece, en las obras completas de Marx y Engels, ni en la época de Stalin ni más tarde.

Y aún me falta enumerar una circunstancia. El sistema de equipo administrativo (expresión de G. J. Popov) abarcaba la ciencia soviética centralizada y otras áreas del conocimiento. En esta ciencia, el monopolio sobre la verdad pertenece a los dirigentes (a veces de un almacén gerontológico). Por eso, para el predominio de una u otra idea era importante no tanto su conformidad con los principios del marxismo, como el rango jerárquico de su autor, su autoridad dentro del poder. Esto introdujo un elemento de arbitrariedad en la resolución de la cuestión: ¿hay o no marxismo en la arqueología? La dirección afirma que lo hay. Durante la segunda guerra mundial, los académicos Grekov y Ribakov lanzaron la idea de que el sistema estatal ruso tiene sus raíces en la cultura de Tripolje, y a lo largo de mucho tiempo esto fue considerado como encarnación del principio marxista (las raíces internas del Estado en la sociedad). La absurda tesis de "la reencarnación estadialista" no se consideraría un "útil férreo del marxismo" (expresión de M. N. Pokrovsky) si el académico Nikolai Marr no hubiese sido director del Instituto Jafético de la Academia de Ciencias*.

Entonces ¿por qué la arqueología soviética siempre se esfuerza no sólo en concretar detalladamente la concepción marxista en la arqueología, sino también en disminuir al máximo sus fronteras y demarcarlas con precisión, aumentando así claramente la inestabilidad de las características marxistas en esta concepción? ¿Quizá porque partían de la orientación clasista, de la contraposición de dos mundos, dos ciencias? Sí, también por eso. Pero es sobre todo porque notaban alguna insuficiencia en la amplia determinación

* Nikolai Marr (1865-1935), lingüista oficial de la URSS hasta su muerte y director de la Biblioteca Nacional de Rusia.

del complejo e ideas marxistas en la arqueología: si el complejo es amplio, ¿es acaso marxista? Y es lógico que dudaran.

Esta amplia concepción del marxismo en la arqueología es sana, racional, sin embargo su esencia marxista es mejor tomarla bajo ciertas condiciones. En el libro de Behrens ya citado el autor escribe:

Cuando "el materialismo dialéctico e histórico" destaca como sistema de pensamiento de los marxistas, entonces aquellos a quienes esto atemorizaba por razones políticas no se percatan de que este sistema de pensamiento está compuesto por muchas ideas, que no tienen que ser en su totalidad específicamente marxistas, y parten de la experiencia de toda la humanidad. Esto, tal vez, se relaciona con la dialéctica materialista. Pero hasta el materialismo filosófico marxista sostiene una tesis que las personas que no están profundamente oprimidas por la religión pueden asumir. Aún más, a las ideas centrales del materialismo histórico marxista se las relaciona, con base sólida, con la idea de que la forma de vida del hombre determina su pensamiento, y que la historia de la humanidad es particularmente la historia de los trabajadores, es decir, de la persona que se preocupa por su subsistencia.

Behrens también cree que esta idea es aceptable. Más adelante especifica qué es el marxismo limitado y sectarista: "El materialismo dialéctico e histórico se convierte en falso e infiel cuando plantea su tipología histórica y proclama que la historia de la humanidad transcurre desde la comunidad primitiva tribal, a través de la sociedad esclavista, la feudal y la capitalista, hasta llevar directamente a la sociedad socialista-comunista" (Behrens, 1984, p. 56).

Supongamos que muchos partidarios del progreso en la historia admitimos casi todos estos estadios, aunque no siempre exactamente en estas formas. La existencia de estos estadios supone un motivo de discusión, pero esto no separa a los marxistas, particularmente a los comunistas, de otros socialistas. La línea divisoria pasa por las formas de llegar a estos estadios superiores de desarrollo y sus argumentos. Sin embargo, el problema no consistía sólo en la amplia comprensión del marxismo que socava su especificidad, sino también en que el reflejo intenso del marxismo, de forma amplia o limitada, en las investigaciones de la prehistoria, en la composición de una determinada concepción de la sociedad primitiva (con la des-

composición del clan, el surgimiento de las clases, etc.), apenas puede justificar la pretensión de la arqueología soviética de llamarse marxista.

En primer lugar porque la elección de esta concepción prehistórica no conduce, irrevocablemente, a la reafirmación de los ideales marxistas; puede ser reconocida (y se reconoce) hasta por las escuelas no marxistas. Al fin y al cabo, se trata de una discusión sobre la presencia o ausencia de ciertos hechos, y su interpretación es importante para el marxismo.

En segundo lugar, todo esto no es tanto arqueología como prehistoria y protohistoria. Si la arqueología es una disciplina del estudio de las fuentes, y hay base para pensar que es así (Klejn, 1978a, 1986), entonces, en general, es poco probable que sus escuelas se puedan dividir sin reservas en campos ideológico-políticos, incluso con la férrea dicotomía: marxista-no marxista. No dividimos así la numismática o, digamos, la textología, ni tampoco la física o la biología (por cierto, hace poco se intentó dividirla).

Sería más exacto hablar de la arqueología que es próxima e interesante para el marxismo, y de la que se encuentra bajo la influencia del marxismo. Cuán lejos puede llegar esta influencia sin destruir la ciencia es otra cuestión.

Por ello llegamos muy lejos cuando intentamos fundar una arqueología precisamente marxista, profundamente marxista, vista como una parte integral de la ideología marxista.

Sólo ahora, cuando aquí ha sido posible un desarrollo teórico libre de la arqueología, ha apareció la necesidad real de construir una arqueología marxista no sectaria, no dogmática, no coyuntural, no caprichosamente despótica. Pero precisamente ahora, cuando esto está prácticamente permitido, cuando es posible trabajar la arqueología en la amplia concepción del marxismo, en el gran complejo de ideas marxistas, aparece de nuevo la duda, ¿necesitamos una arqueología específicamente marxista, aunque sólo se halle bajo la influencia del marxismo? En la última formulación, la pregunta, en cualquier caso, es correcta.

A ella se puede contestar sólo con una respuesta: haga falta o no, la arqueología soviética es realmente esa. Nosotros no podemos huir por mucho tiempo de nuestra historia y del estado de nuestra sociedad. La esfera de los intereses sociales nos planteará, aún por mucho tiempo, cuestiones relacionadas con la comprensión marxista del pasado. Nosotros, inevitablemente, utilizaremos un sistema de comprensión condicionado por nuestra pre-

paración marxista; este es nuestro lenguaje. Por cierto, este sistema de comprensión es muy utilizado hasta en Occidente, y este lenguaje está muy difundido allí. Y nosotros, aunque no lo notemos, vamos a generar ideas afines al materialismo dialéctico o histórico. Porque incluso cuando criticamos el marxismo, normalmente utilizamos categorías marxistas.

¿Es esto bueno o malo? El marxismo-leninismo, digámoslo francamente, sufrió una derrota como programa concreto político y económico. Pero nosotros, los arqueólogos, no trabajamos con ese marxismo. El marxismo en calidad de ideología estatal, monopolista, atrae el odio de los pueblos. Pero esto no cambia la posibilidad de aplicación del marxismo visto como método de investigación (o programa metodológico), ya que es en el camino desde el método de investigación a la política e ideología donde se manifiestan otros factores. El marxismo como método de investigación, adaptado cautelosamente, con los debidos límites y en unión con otros métodos, de ninguna manera está contraindicado en las ciencias sociales. La arqueología pertenece a las ciencias sociales, hay que tener en cuenta.

Así, el marxismo redujo al hombre a un conjunto de las relaciones sociales. Es una simplificación evidente, y en ello está lo dañino del marxismo. El ser humano es también un ser biológico, y muchas de sus particularidades, entre ellas las sociales, son inexplicables sin la comprensión de este hecho (aspectos psicológicos de la agresión, la territorialidad de la conducta, el carácter del colectivismo, etc.). Las políticas marxistas cayeron en un error fatal al no contar con este aspecto de lo humano. Pero las relaciones sociales se manifiestan también en la humanidad, así como los intereses económicos y la orientación de clases. No hay que menospreciar la experiencia del marxismo en el análisis de estas cuestiones. Sólo hace falta dirigirla al lugar indicado, limitarla a su forma conveniente, unirla con otros tipos de análisis.

Al final de sus observaciones a mi artículo, publicado hace veinte años en *Antiquity* (la redacción lo tituló "La arqueología en Bretaña a los ojos de un marxista"; Klejn, 1970), M. Thompson exclamó: "Sí, yo niego que el marxismo sea un método aplicable en la arqueología; esto son sólo dogmas del siglo XIX, que usted puede ignorar o tomar, como usted quiera. El buen arqueólogo puede inclinarse hacia el marxismo, como el difunto Childe, o ser un preste romanoatólico, como el difunto abad Breuil. No hay relación

entre las convicciones personales del arqueólogo y la calidad de su trabajo" (Thompson, 1970, p. 302).

Ciertamente no hay relación con la calidad. Pero la hay con el contenido. Y las convicciones católicas son tan manifiestas en las investigaciones de Breuil como las marxistas en los trabajos de Childe. Se reflejaban al mismo tiempo no sólo en sus errores, en sus limitaciones, sino incluso en sus brillantes descubrimientos. Breuil descubrió la pintura paleolítica precisamente porque, como católico convencido, no creía en las leyes de la evolución, y su fe no permitía a los evolucionistas reconocer la aparición del alma humana con anterioridad. Childe creó la concepción de las tres revoluciones –instrumental, neolítica y urbana– porque se esmeraba según su criterio en aplicar a la arqueología las doctrinas marxistas de la primacía de la producción y de las revoluciones sociales. Aplicarlas libremente, no como dogmas.

Cualquier doctrina filosófica puede ser utilizada en beneficio de la arqueología, ¡incluso las que son parcialmente erróneas! Gracias a Dios, existen numerosas doctrinas. Esto nos ayuda a conocer la diversidad del mundo. Ya que el marxismo existe, y nosotros lo manejamos, pensemos cómo podríamos obtener de él un beneficio para la arqueología. Como señaló Behrens, "el valor del marxismo para las investigaciones de la prehistoria y protohistoria se encuentra en los estímulos que origina, ni más ni menos" (Behrens, 1984, p. 61). Sí, ni más ni menos. Reflexionemos sobre las ventajas que puede proporcionar si se utiliza libre, inteligente y cuidadosamente, no cerrando los ojos ante sus errores, sino denunciándolos, y recordando que, como cualquier otra concepción, tiene sus limitaciones.

Nosotros ahora no tenemos razón alguna para anteponer el marxismo a otras metodologías; todas ellas pueden ser complementarias. Pero no hay por qué tacharlo completamente. Sólo hay que limitarlo y asimilar otras metodologías. El mundo es rico para aquellos que tienen los ojos abiertos.